



Y

LATINA

REVISTA LITERARIA

Entrevistas

Artículos

Relatos

Microrrelatos

Poesías

Libros

© Revista Y Latina

ISSN: 2387-0397

Revista literaria de difusión digital

Periodicidad cuatrimestral

Enero 2019

Edita

AEN - Asociación de Escritores Noveles

Consejo Editorial

Covi Sánchez

Susana Visalli

Amelia de Dios

Noemí López



Autores que colaboran en este número:

Bartolomé Zuzama

Benjamín Recacha

Cristina P. García

Gabriela Quintana

José Vicente Serna

Manuel Sánchez Bercedo

María Gracia Peralta

Teresa Gallego

Rubén Marzo

Imágenes contenido

Ilustración de Pascal Champion para el poema “Confesiones” de María Gracia Peralta.

Retrato de Gustav Klimt para el relato “Retrato” de José Vicente Serna.

Fotografías de Cristina P. García para el artículo “Feria Internacional del libro de Frankfurt 2018”.

Cocodrilo Nino, ilustración de Yearim Caneda para el cuento “De cómo se conocieron Nino y Pecas”.

Ilustración del poema «Fragmentos»: Una pieza de la pintura de Ara utilizada para el poemario *Desnúdame poesía*. Fotografiado por Pablo Sarabia.

Diseño gráfico y maquetación:

Pablo González Fernández

Si quieres contactar con nosotros:

[www.twitter.com@aenoveles](https://www.twitter.com/aenoveles)

facebook.com/aen.asociacionescritoresnoveles/

www.aenoveles.es

info@aenoveles.es

© Todos los textos e imágenes publicados en este número son propiedad de sus respectivos autores. Queda totalmente prohibido la reproducción total o parcial de los contenidos de esta publicación en cualquier medio sin el consentimiento expreso de los mismos. Así mismo, esta publicación no se hace responsable de las opiniones o comentarios expresados por los autores en sus obras.

Índice

Editorial[4](#)

Poesía

Confesiones, de María Gracia Peralta[7](#)

Traje a medida, de María Gracia Peralta[11](#)

Mujer de arcilla, de María Gracia Peralta.....[13](#)

Fragmentos, de Teresa Gallego[17](#)

Relato

El final del viaje, de Benjamín Recacha[21](#)

La posada, de Manuel Sánchez Bercedo[29](#)

La sombra del Dau, de Bartolomé Zuzama.....[39](#)

La máscara, de María Gracia Peralta.....[47](#)

Hoja de papel en blanco, de Rubén Marzo[53](#)

El retrato, de José Vicente Serna[57](#)

Artículos

Feria Internacional de Frankfurt 2018, de Cristina P. García[64](#)

Infantil

De cómo se conocieron Nino y Pecas, de Gabriela Quintana..... [73](#)

Autores frente al espejo

Estás ante las páginas de un nuevo número de Y Latina, descubriendo nuevas plumas capaces de convertir el lenguaje escrito en emociones, en sentimientos; de dar vida a lo irreal hasta convertirlo en creíble, en experiencias que todos (tú, yo), podemos experimentar a través de su lectura.

Son (somos) el reflejo de un sueño hecho realidad.
Esperamos que disfrutes con su lectura.

Editorial

Poesía



Confesiones

de María Gracia Peralta

Me llama a gritos
para que le confiese mis verdades.

Casi siempre me resisto,
pero ella no se rinde.

Quiere que confíe,
y desnudarme
lentamente entre sus versos.

Necesita consolarme y descubrir
a qué saben mis lágrimas,
acariciarme y curar con ternura
mi soledad.

Sólo ella, la poesía, atraviesa
mi barrera de granito.

Me escucha.

Le confieso que escribo
para saciar el hambre de tu ausencia;
que, a veces, confundo otras bocas
con besarte, porque son tus labios
los que verdaderamente me enloquecen.

Solo ella sabe
que me gustaría dibujarte
en el silencio de la alcoba;
que tu boca meciese mi cama
y a destiempo
pudieses acariciar el cielo
en mis párpados.

Ansío que ella sepa
que si me miras en el espejo
del pecho
entenderás que es
totalmente insoportable
el olor a indiferencia.
Eres tú quien camina
tras las pestañas de otras musas.
Por ello comencé a escribir.
Ahora, por fin, he entendido que es la poesía
quien me ama
... y me da una segunda oportunidad.



Traje a medida

de María Gracia Peralta

Hace tiempo que el mago de los deseos
se disfraza con trajes de otros años.

Avejentados, descosidos,
olvidados en el baúl
de los besos raídos.

Hace tiempo que busco en los armarios.
Sé que hay seda lila escondida
en islas anónimas.

Hace tiempo que quiero
cortar nuevos patrones
y tejer con mis manos curtidas
un traje ya sin ataduras.



Mujer de arcilla

de María Gracia Peralta

Amanece en domingo, como de costumbre. Espero un instante, ensimismada, una caricia profunda, inmensa. No quiero despojarme de estas horas. Los segundos desdibujan sus gestos y, otra vez, un abismo irreemplazable sobre mi lomo.

Antes de abrocharme la camisa, planeo que sus manos me den forma, me retoquen. Quiero que su boca me resuma en un instante, solo a veces, beso a beso, sin memoria.

Que atrás quede interrumpido el picaporte y no me ignore otro domingo por la mañana.

Poemas del poemario

“La miel tras el muro de enfrente”.

de María de Gracia Peralta Martín

María Gracia Peralta (Toledo). Licenciada en Derecho y Máster en RR.HH. Sus relatos *Vocación precoz* y *El pacto*, fueron seleccionados en el II y III Concurso de microrrelatos sobre abogados, 2010 y 2011. Colabora en diversas revistas literarias como «Cultural Raíces», «A contrapalabra» e «Y Latina». En 2015 se publica su poemario *La simetría del alma* (Editorial Celya). En 2018, sale al mercado su segundo poemario *La miel tras el muro de enfrente* (Editorial Celya).



Fragmentos

de Teresa Gallego Arjiz

Sentada frente a mí,
un puzle.

Cristales rotos
párrafos de un libro
un verso que es la totalidad
del infinito de las partes
de lo no escrito
de lo no dicho
de lo que no se ve...

Un universo de sugerencias en la ausencia
de estrellas fugaces,
perfiles de montaña
en los golpes de tacón
que se escuchan de madrugada.

Observo tus labios,
solo esos labios que cuando pronuncian ciertas palabras,
no son todas la misma forma redonda,
no todas sirven y hacen bello tu rostro.

Poema nº VI de la obra titulada “Desnúdame poesía”
Fotografiado por Pablo Sarabia.

Teresa Gallego Arjiz (Madrid). Siempre cerca de la literatura, ha colaborado como jurado en varios premios literarios de poesía, así como en la revista «Civilización Global». Es fundadora y miembro del grupo literario «Letras de Lavapiés» y guionista de spot publicitarios.

Entre sus publicaciones está *El Crack de 2009* y la novela *Hojas verdes* (PezSapo, 2016), en narrativa; y las antologías *Vilapoética* y *Antología de poetas en Madrid*, en poesía.

Relatos



El final del viaje

de Benjamín Recacha García

Ícaro observa la puesta de sol desde lo alto del acantilado. La bola anaranjada ya ha entrado en contacto con la línea del horizonte y empieza a ser engullida por el océano inmenso. Para ser octubre en el fin del mundo, no hace frío. Apenas sopla el viento procedente del Atlántico. Ícaro, que no está acostumbrado a tanta calma, echa de menos que algún latigazo le golpee la cara. Es lo que merece.

Apura el cigarrillo y lo lanza al vacío. Y mientras sigue con la mirada su caída, se imagina cómo sería saltar tras él. Siente el corazón acelerarse y bombear adrenalina. Una vocecilla le dice que lo haga, que ya no tiene nada más que perder, que serán unos segundos de excitación máxima y luego, de repente, la nada. Un cuerpo destrozado entre las rocas, azotado por las olas indiferentes a la insignificante tragedia humana. El fin de otra vida vulgar.

Ícaro cierra los ojos, agita la cabeza y se gira. Cuando vuelve a mirar, se encuentra con el viejo Seat Ibiza, el mejor amigo que ha tenido. Aguarda en el arcén, paciente y tranquilo, sin ofrecer ningún signo externo de su enfermedad terminal.

El hombre se pregunta si cumpliría una última misión. Un final a lo Thelma y Louise sería digno de recordar; en realidad, sería lo único con entidad suficiente para ser recordado.

.....

—Lo mejor es que lo dejemos, que cada uno siga su camino.

Ícaro mastica las palabras de Venus, pronunciadas sin entonación, como si estuviera haciendo la lista de la compra. Tienen una textura pastosa y, al tragarlas, se le atraviesan en la garganta. «Que cada uno siga su camino», se repite mentalmente con los brazos apoyados sobre el volante. Y la sensación de fracaso es avasalladora.

Un claxon impaciente le hace apartar la vista del limpia-parabrisas. A través de las gotas pertinaces se da cuenta de que el semáforo está en verde, así que mete primera y pisa el acelerador. Unos metros después, el volante se le va hacia la derecha. La luz en el cuadro de mandos confirma el pinchazo.

A pesar de la lluvia, agradece tener una excusa para salir del coche y ocuparse en algo que le evitará afrontar la situación.

—¿Me has oído?

Ícaro evita el contacto visual. Acciona la maneta de la puerta.

—Voy a cambiar la rueda.

.....

Ícaro siente el espasmo de Venus sentada sobre él. Durante un rato, la respiración jadeante y ardiente de ella, su lengua ansiosa, el sudor descendiendo por la espalda, su cabello revuelto, los pezones duros frotándose contra su pecho, le hacen creer que el espejismo es real, que han alcanzado un oasis donde es posible aislarse del desierto en el que se hallaban perdidos.

Regresaban a casa después de otra velada aburrida con esos amigos que lo son por costumbre; otra cena hablando de trabajo, política y del embarazo de Laura. Ya se le apreciaba la barriga. Ícaro miraba a Venus mientras atendían al relato sobre angustias matutinas, dolores de espalda e hinchazón de piernas. Pedro bebía vino y asentía de vez en cuando. Ícaro llegó a fantasear con la irrupción de un bebé en su relación estancada.

—Solo de pensar en quedarme preñada me entran escalofríos —declaró Venus al poco de montarse en el coche.

Ícaro no dijo nada. En la radio sonaba Somebody To Love, de Queen. Con la vista fija en la carretera, se puso a tararearla.

—No creo que sienta nunca el instinto materno. Veo a Laura tan entusiasmada y, la verdad, no lo acabo de entender. —Suspiró y se recostó en el asiento—. Joder, no la soporto.

Ícaro le lanzó una mirada rápida. Sabía que a Venus le cansaba un poco la felicidad de anuncio de su amiga, pero no se esperaba tanta hostilidad.

—¿No dices nada?

Otra cosa que cada vez la ponía más enferma era el silencio retraído de su novio. Ya prácticamente solo hablaba con monosílabos.

—¿Qué quieres que diga? Que esté contenta no le hace daño a nadie, ¿no?

—Ya...

Venus meneó la cabeza y se puso a mordisquearse los dedos. Lo hacía para desahogarse cuando estaba inquieta. Que

ni siquiera su pareja la comprendiera; peor, que ni siquiera le interesaran sus motivos, le molestaba horrores.

Hotel California, de los Eagles, había tomado el relevo a Queen.

—Métete por ahí —ordenó Venus con voz firme.

—¿Cómo?

—Que gires por ahí.

Ícaro redujo la velocidad, puso el intermitente y tomó el camino que los llevaba a la montaña.

—¿Y eso? ¿A qué viene este arranque?

Venus se le acercó y le mordisqueó la oreja mientras le subía la mano por el muslo.

—Tengo ganas de follar; no quiero esperar a llegar a casa —le susurró al oído. Las palabras flotaban en un aliento tan cálido, que le provocaron escalofríos.

.....

Conducir una tarde de primavera, sin prisa, contemplando el paisaje, dejándose acariciar por los últimos rayos de sol, con la brisa oceánica entrando por la ventanilla. Pocas cosas se pueden comparar a semejante placer.

Ícaro apoya la mano derecha sobre el cambio de marchas, con ternura; la otra agarra el volante con suavidad. Está contento y quiere compartir su estado de ánimo con su fiel amigo motorizado. Después de todo, él es el causante de su bienestar.

Piensa en Venus, en el abrazo que se darán al reencontrarse después de tres días, en los besos, las caricias. Harán el amor antes de cenar, quizás en la ducha; a ella le gusta jugar, llevar la iniciativa, y a él le gusta dejarse llevar.

Luego cenarán en la terraza, riendo entre copa y copa de albariño.

Ícaro mira al océano, que refulge con miles de reflejos anaranjados, y sonríe.

.....

—Te recuerdo que mañana hemos quedado a las diez para firmar el contrato del alquiler.

Ícaro rompe el silencio después de casi haberse quedado dormido abrazado a Venus, con la cara apoyada en sus pechos. Siguen desnudos. Las largas sesiones de sexo en el asiento trasero del Ibiza suelen acabar así. Ambos disfrutan de la calma tras haberse devorado.

—¿Mañana? —El cielo empieza a ser más azul que negro—. Querrás decir en un rato.

Ríen y se besan. Ella le mete la lengua hasta la garganta.

—Eh, que me vas a ahogar...

—Se me ha pasado el sueño... —con movimientos felinos, se coloca encima de él—, y vuelvo a estar cachonda.

.....

A Ícaro le encanta escuchar Héroes del silencio en el coche, y más si es como banda sonora de un viaje. Para él las vacaciones comienzan en el momento en que arranca el motor del Ibiza y la música empieza a sonar. Pero lo que más le gusta de estas vacaciones es la compañía. Mira a su derecha y se encuentra con la cara sonriente de Venus, que canta Entre dos tierras imitando la voz de Enrique Bunbury. Los dos ríen como chiquillos. Es lo que son, dos chiquillos enamorados,

excitados por el viaje, ansiosos por conocer nuevos lugares, ansiosos por conocerse.

Ícaro se incorpora a la autopista, y ambos cantan Maldito duende a pleno pulmón.

.....

Se han quedado solos. Es la tercera vez que coinciden un sábado por la noche. Venus es amiga de Virginia, compañera de clase de Ícaro. Él concluye que debe pasárselo bien con el grupito de la facultad, porque las últimas veces que han salido juntos no ha fallado.

Le gusta.

Le gusta mucho. Es atractiva, pero lo que más le gusta de ella es su sonrisa traviesa e inteligente. Es ingeniosa e incisiva y se ríe sin complejos.

Esa noche es la primera que Ícaro sale con el Seat Ibiza de sus padres. Hasta ahora se lo habían dejado para ir a la universidad o si tenía que trabajar algún fin de semana. Para salir de fiesta se conformaba con el viejo Renault 5.

Después de dejar a Virginia, Edu y Mila en sus casas, la de Venus es la penúltima parada.

—Pues ya hemos llegado —anuncia Ícaro—. Ha estado bien, ¿verdad?

Ella no contesta, no al menos con palabras; tampoco hace amago de salir del coche. Se limita a observar a su acompañante mientras sonrío enigmática. Él también sonrío, pero, a diferencia de ella, está nervioso. Fantasea con besarla. Nunca ha besado a ninguna chica en los labios y carece del arrojo

necesario para atreverse a hacerlo esta noche, por mucho que fantasee con ello.

—Es chulo este coche —dice entonces Venus, y mientras habla cambia de postura en el asiento, de modo que queda frente a Ícaro—, y muy cómodo.

Sonríe pícara, al tiempo que acaricia la tapicería. Ícaro carraspea cada vez más nervioso.

—Sí, tiene tres años, pero está casi nuevo.

—Ahá... —Venus se le acerca más. Apenas un palmo separa sus rostros—. Bueno, qué, ¿cuándo vas a besarme?

Ícaro da un respingo, y cuando nota el brazo de Venus alrededor de su cuello, cree que el corazón le va a estallar. Entonces cierra los ojos y deja que ella lo guíe.

Benjamín Recacha. Escritor y periodista. Ha participado en foros del sector como Liber y Kosmopolis, y en el IV Congreso de Escritores de la AEN. Su web es «La Recacha» (<https://benjaminrecacha.com>).

Autor de las novelas *El viaje de Pau* (2013), *Con la vida a cuestas* (2015), *La cooperante* (2016), *Memorias de Lázarro Hunter: los caminos del genio* (2016) y *Escapando del recuerdo* (2018) (editorial Salto al reverso); coautor, junto al también escritor Toni Cifuentes, de *Cartas a un escritor. ¿Cómo se escribe un best-seller?* (2015).



La posada

de Manuel Sánchez Bercedo

En pleno invierno del año 1809, un pelotón de la Guardia Imperial francesa avanzaba en dirección a Madrid tras la exitosa ofensiva de Zaragoza, donde Napoleón ya ejercía su interminable e insaciable soberanía. El pelotón caminaba por la provincia de Soria siguiendo el curso del río Duero, y tenía orden de asegurar el noreste hasta Somosierra, izando la bandera tricolor a su paso e imponiendo la paz allí donde la guerrilla montañera, que era mucha y enconada, se reivindicaba.

La hueste estaba liderada por el capitán Pierre Rolland, oficial del Quinto Regimiento de Caballería de Dragones, quien advirtió que estaba oscureciendo con premura y las tinieblas amenazaban con velar el camino. Decidió que era mejor no avanzar y buscar un lugar donde pernoctar a resguardo del frío y lobos hambrientos que por aquella región abundaban. Coincidió en ese momento que un viejo campesino caminaba en dirección contraria al pelotón, y el capitán Rolland lo obligó a detenerse poniendo su caballo en medio del camino.

—Disculpe —dijo con su afinado castellano—. ¿Sabe de alguna posada cercana donde pasar la noche?

—Sí, mecié —dijo el jornalero—. Hay una posada colina arriba, no muy lejos de aquí —añadió señalando la cumbre de un monte próximo.

El capitán Rolland guio sus ojos hacia allí y llegó a divisar una luz en medio de la negrura.

—Gracias —dijo mientras tiraba del ronzal de su caballo para reanudar la marcha.

—Pero no os aconsejo que acampéis en esta comarca, mecié —añadió el campesino con certeza.

Todos los miembros del pelotón se giraron de súbito.

—¿Por qué? —preguntó Rolland con visible malestar.

—La posada se encuentra en el llamado Monte de las Ánimas, un lugar que está maldito —precisó el campesino.

—¿A qué viene semejante oquedad?

—Por una leyenda muy antigua, mecié, que tiene su origen de cuando los árabes eran dueños de estas tierras. Cuentan que el rey reclutó a un grupo de los llamados Templarios, que eran monjes y guerreros a la vez, de muy reputada espada, para que le ayudaran a luchar contra los árabes. Y que una vez alcanzada la victoria, los Templarios decidieron instalar su residencia en cuantos conventos veis en la región, algo que indignó a los nobles hidalgos del rey, pues cazaban en sus bosques y acabaron enemistados por los cotos del monte. Se libraron, en consecuencia, constantes batidas entre ellos. Y se dice que sus ánimas, que dan nombre a este monte, aún cazan a quien perturba con su presencia, como si nadie más debiera instalarse aquí.

Parte de los hombres de Rolland hicieron una mueca zumbona; otros, sin embargo, palidieron. Como si no hubiera escuchado aquella historia, el capitán francés volvió a girarse y reanudó el camino hacia lo alto de la colina, y su pelotón se adhirió a su estela.

—La gente de este país es tan necia... —musitó para sí mismo.

Mientras subían el cerro, el frío soriano se impregnaba en los uniformes de la Guardia Imperial y descollaban a lo lejos los primeros aullidos de lobos. La luna no estaba completamente llena, pero lo parecía. Era un lugar misterioso, sin lugar a dudas, y la leyenda que acababan de escuchar enfatizaba el pavor. Hubo quien creyó escuchar pasos entre los árboles, como si alguien merodeara al paso de la hueste. Ánimas, ánimas... era una palabra que se repetían constantemente en la cabeza de cada miembro de la avanzadilla cual bala imposible de esquivar.

Tras atravesar la frondosa maraña del bosque, llegaron a lo alto del monte y vieron la posada. Era una casona de dos plantas, con mampostería vieja y ahíta de grietas. De la chimenea salía un humo negro como el cielo de aquel momento, y de las ventanas emanaba la luz de candiles inmóviles. Los caballeros franceses se detuvieron para observarla un rato, y en ese preciso instante se abrió la puerta. Salió de la posada una mujer abrigada con una frazada negra, de cabello moreno recogido y un vestido lóbrego. Su rostro, huraño; su paso, firme. Era una señora madura, pero sin hebras paleteadas en el pelo. Se detuvo ante el pelotón, cuyos miembros la miraron cohibidos.

—Disculpad, madame —dijo el capitán Rolland—. Necesitamos su posada para pasar esta noche y tal vez alguna más.

La mujer arqueó sus cejas.

—Todas las alcobas están ocupadas —respondió con sequedad.

—Pues que todos se vayan ahora mismo —contestó Rolland al instante—. Tenéis obligación de ceder vuestras moradas a la Guardia Imperial, y necesitamos la posada entera.

Vacilante y sin reaccionar, la posadera hizo un conato de negarse, pero luego se dirigió de nuevo a la casa para avisar a sus clientes. Durante los siguientes minutos desfiló ante los franceses toda suerte de inquilinos: bandoleros, campesinos desarraigados, prófugos de la Justicia, señalados por la Santa Inquisición —que en tiempos de Ilustración todavía empleaba sambenitos en España— y desdichados a los que era mejor no mirar; todos ellos abandonaron con premura la posada, acelerando el paso al advertir la presencia de la Guardia Imperial napoleónica y sus afilados sables, que como era de público conocimiento, no tenían piedad. Una vez la posada quedó ayuna de almas, los franceses bajaron de sus caballos y accedieron.

Aquella noche tuvieron un servicio de reyes. La posadera les preparó una cena copiosa y ofreció vinos espumosos; abrevó a los caballos, echó más fuego a la hoguera y limpió todas y cada una de las habitaciones para los caballeros. No era un trato especial. Ella siempre lo hacía con cada cliente que llegaba a su morada. El capitán Rolland y sus hombres hicieron suya la posada ocupando todas las habitaciones, pululando por el salón a gusto y devorando cuanto se podía comer y beber en aquel lugar, que era mucho y de buen paladar. Se emborracharon y jugaron a los naipes olvidando rangos por completo. Cuando el vino lo exigió, llegaron incluso a cantar,

bailar y entonar la Marsellesa, todo ello bajo la discreta mirada de la posadera, quien pelaba patatas en un rincón de la cocina.

Y como el trato fue tan exquisito, la comida tan sabrosa, las camas mullidas y la guerra se olvidaba tan rápido en aquel lugar, el pelotón de dragones decidió quedarse una jornada más en la posaba, sin prisa por llegar a Somosierra. A la mañana siguiente, pese a los vestigios del vino mareando la cabeza, la hueste decidió ir de caza por el Monte de las Ánimas. La posadera estaba fuera partiendo leña y pelando conejos para preparar el banquete de aquella noche. Al ver que sus inquilinos iban de caza, les advirtió:

—Tened cuidado. No se debe molestar a las bestias de estas tierras.

—¿Por qué, madame? Cazaremos un jabalí para esta noche —dijo el capitán Rolland.

—Vuestra presencia no gusta a esta comarca. Si mancipláis el sosiego de la zona habrá consecuencias.

Como ocurrió el día anterior tras escuchar la leyenda que les narró el viejo campesino, parte de los soldados se rieron y otros palidieron. El capitán Rolland hizo una mueca y siguió directo hacia el bosque.

—La gente de este país es tan necia... —repitió una vez más.

Y la posadera se quedó sola al instante.

Siguió con sus labores durante toda la mañana, hasta que a término de mediodía apareció un hombre cargado con un

bulto: el mensajero de la región. Portaba una bolsa llena de correspondencia pendiente de entregar. Caminó directo hacia la posadera y le entregó una carta. Luego marchó por donde vino con rapidez, pues, acogiendo el rumor del vulgo, sabía que el aquel lugar acampaban guardias imperiales. El remite era del Estado Mayor y el lacre mostraba el sello del ejército. La posadera abrió la carta y leyó su contenido:

«Señora Fonseca, la presente es para informarle de la triste noticia de que su hijo Luis murió hace dos días en plena lid de Zaragoza, a consecuencia de los mosquetazos del ejército francés. Yo mismo retiré los objetos personales que portaba en su uniforme, los cuales le entregaré personalmente cuando me retire del frente. Le traslado mis más sinceras condolencias. Juan Sañudo, sargento del diecinueve de Infantería».

Tras leerla, la dobló y la introdujo bajo su vestido negro. Acto seguido, se abrigó con su frazada y se metió en la posada cerrando de un portazo. No se escucharon lamentos.

El pelotón de dragones franceses llegó con el atardecer. No trajeron ni una sola pieza como presa, pero tampoco hacía falta; la posadera les preparó un gran banquete esa misma noche tras pasarse toda la tarde cocinando, tapizando el salón de majares y vinos para digerirlos. Fue tal regalo para la vista tras una dura jornada de caza, que la hueste se arrojó a cenar como una jauría de perros hambrientos. Una vez más se dejaron llevar por el vino, embriagándose hasta cantar, bailar y entonar con ímpetu la Marsellesa; y como la noche anterior, la posadera observaba discretamente desde la cocina. La jarana del

pelotón fue tan intensa que los soldados, ebrios y saciados, se acabaron durmiendo en el propio salón. El suelo estaba cuajado de vino esparcido y también había cristales por los estragos de la diversión.

Horas más tarde, el capitán Pierre Rolland fue el primero en despertarse. Y como buen veterano de guerra, despertó en cuanto detectó peligro en su entorno. Un calor insoportable le hacía sudar, propio del infierno; cuando sus pupilas se adaptaron al fulgor, advirtió que una gran llamarada estaba rodeando el salón con la amenaza de engullir todo lo que había dentro, flameando imparable como consecuencia del vino que bañaba el suelo

—¡Despertad! —gritó desesperado.

Sus hombres reaccionaron al instante, pasmados en cuanto advirtieron la situación. No había agua con la que apagar el fuego; tampoco mantas para cubrirse; corrieron hacia las ventanas, pero estaban cerradas con cerrojo; trataron de abrir a la puerta, pero también estaba blindada. La posada entera se había convertido de repente en una fortaleza dedicada al cautiverio. No tuvieron más opción que sentir un pánico inmenso.

A prudente distancia de la casona, y sintiendo de lejos el calor que irradiaban las llamas, la posadera observaba su diabólica obra. No lloraba. No sentía nada. Solo miraba cómo el fuego devoraba las fachadas, primero, el tejado, después y, finalmente, las entrañas de la casa. A continuación, emergieron los desesperados gritos de los soldados franceses, que se enfatizaban a medida que las llamas los engullían. Era como

si la posada misma estuviera gritando, como si sus propias fachadas padecieran. Llegó a distinguir el aterrado rostro del capitán Rolland dentro de la casa, quien miraba por la ventana como un niño huyendo de fantasmas, y ambos cruzaron la mirada durante unos segundos que parecieron siglos. Luego se desvaneció entre las llamas.

La posadera aguardó toda la noche hasta que la casa se acabó convirtiendo en un pasto de cenizas y pavesas que no dejaba de vomitar humo. Una vez se consumió la última llama, se dio la vuelta y desapareció entre la frondosidad, como si de un espectro se hubiera tratado. No volvería jamás a aquel lugar.

Justo cuando comenzaba a amanecer, apareció por allí el viejo campesino que hacía dos jornadas indicó al pelotón el camino a la posada. Se acercó a las cenizas y pareció querer hallar los huesos carbonizados de los soldados franceses. Al observar tan solo vestigios negros, siguió su camino con indiferencia ante lo que acababa de ver.

—Te lo advertí, mecié —musitó—. Este lugar está maldito para quien no es bienvenido.

Manuel Sánchez Bercedo. (Valencia, aunque reside en Cantabria). Licenciado en Derecho y apasionado del Siglo de Oro español. Es autor del blog *Rincones de la historia*, donde publica artículos sobre anécdotas y episodios del pasado, especialmente, sobre la historia de España.

Autor de novelas históricas como *La esencia suprema* (2016), *Laguna Estigia* (2017) y *La bóveda* (2018).



La sombra del Dau

de Bartolomé Zuzama

Nico tenía seis años cuando oyó hablar por primera vez del Dau, aquel barco maldito que navegaba por las costas de Mallorca y que provocaba las mayores desgracias a quienes se cruzaban con él.

Habían salido de Oran hacía dos días y el tiempo se había mostrado benevolente. Un viento favorable les había permitido navegar de través ahorrando tiempo en su regreso a Mallorca, aunque poco a poco el cielo se iba cubriendo de nubes; si no tenían tormenta, seguro que aquella noche sería oscura como boca de lobo.

Si todo iba bien, al día siguiente avistarían el cabo de Cala Figuera, una de sus referencias para arribar al Puerto de Soller al anochecer. La bodega iba repleta de tabaco de contrabando que el armador esperaba con impaciencia, puesto que lo tenía apalabrado a buen precio. Aquella guerra era una bendición para determinados negocios y el contrabando era uno de ellos. Corría el año 1916 y desde hacía casi dos años prácticamente todos los países cercanos, salvó España, estaban enzarzados en lo que se llamaría “la gran guerra”.

El Nuestra Señora de Lluch, un falucho muy marinero de doce metros de eslora, aparejado con una vela latina, un foque y una pequeña mesana, era propiedad del notario Barceló y se dedicaba oficialmente al cabotaje de mercancías y correo

entre el Puerto de Soller y Palma, aunque su otra ocupación era de sobra conocida entre los patronos y marineros del puerto. Lo capitaneaba el patrón Pere, con una amplia experiencia tanto en navegación costera como trasatlántica, ya que había trabajado para la Compañía de Navegación Sollerense antes de aceptar la oferta del notario.

Nico llevaba un año como grumete del Nuestra Señora de Lluch, desde que cumplió los once y el patrón le permitió embarcar con él. No era su primera travesía larga, pero esa noche sería diferente, puesto que le habían asignado por primera vez la guardia de madrugada, lo que denotaba la confianza que el patrón depositaba en él.

Esa tarde el viento no era muy fuerte y el mar estaba tranquilo. Era el entorno perfecto para matar el tiempo hablando de los misterios del mar, uno de los temas preferidos de los marineros.

Mientras el patrón estaba al timón, Gaspar y Joan, los dos marineros mayores, aprovecharon para liar un cigarrillo de picadura y para iniciar una conversación con Nico, que estaba pendiente de las órdenes del patrón sobre las escotas.

—¿Has oído hablar del Dau alguna vez, Nico? —pregunto Joan sin alzar mucho la voz para no molestar al patrón.

—Cuando era más pequeño mi padre me contó la historia, —dijo Nico— pero no me la creo, son inventos de puerto y de viejos marinos.

—Pues yo que tú me la creería —dijo Gaspar—, conozco a algunos marinos que se lo encontraron y desde entonces no

han dejado de sufrir una desgracia detrás de otra.

La leyenda habla de los prisioneros franceses abandonados a su suerte en la isla de Cabrera tras la batalla de Bailén. Algunos de ellos, tras incontables penalidades y miserias, optaron por asesinar a alguno de sus compañeros y comérselos para tener fuerzas. Nadie sabe cómo, pero consiguieron hacerse con el Dau, un falucho que se había acercado demasiado al islote para pescar. Tras asesinar a toda la tripulación intentaron dirigirse a Marsella, pero nunca llegaron. Desde entonces se dice que un barco maldito navega continuamente alrededor de la isla y que los pobres marinos que lo han avistado en alguna noche oscura han fallecido en extrañas circunstancias.

Siguieron hablando de esa y otras historias hasta que anocheció y, tras preparar algo para cenar, se echaron a dormir bajo cubierta, salvo el responsable de la guardia y de mantener el rumbo, cuarenta grados norte desde el puerto de Orán hasta la Isla del Toro, cerca del cabo de Cala Figuera, ya en Mallorca.

Serían más o menos las tres de la madrugada cuando el patrón despertó a Nico.

—Hala, Nico, te toca, recuerda lo que te he enseñado y mantén el rumbo, aunque prácticamente no nos movemos ya que el viento ha amainado completamente.

Nico se desperezó rápidamente y se hizo cargo del timón. Las nubes ocultaban las estrellas y la luna, por lo que no se veía nada. Para comprobar la brújula disponía de una linterna

sorda que mantenía tapada para que nadie pudiera verlos. Un encuentro por estas latitudes únicamente podría significar que los carabineros los habían descubierto.

El tiempo pasaba lentamente y Nico, consciente de la responsabilidad que le habían conferido, permanecía atento a cualquier sonido no habitual. En el silencio que le rodeaba le pareció escuchar algo que no debería estar ahí, como si el agua chocase contra una superficie que no era su casco. Como no estaban cerca de tierra, ese sonido únicamente podía indicar que había un barco en sus cercanías. El sonido se iba aproximando y Nico empezó a mirar en todas las direcciones para intentar localizar su origen y evitar un abordaje, pero la oscuridad reinante le impedía ver nada.

Empezó a ponerse nervioso y a acordarse de su conversación con Joan y Gaspar sobre el Dau. Poco a poco el miedo empezó a hacer mella en él y se planteó si no sería el momento de llamar al patrón. Lo único que se lo impedía era que se trataba de su primera guardia y no quería que lo consideraran un niño miedoso.

El sonido, que parecía haber cesado, de repente se incrementó por la amura de babor y a barlovento del falucho. No había duda, se aproximaba un buque y estaba muy cercano. Antes de hacer otra cosa saco la linterna y dirigió el foco hacia la dirección del sonido. En ese momento las nubes se abrieron y dejaron pasar un tenue rayo de luna. Eso permitió que Nico creyera ver una superficie vertical, que podría ser una vela, a unos cincuenta metros del Nuestra Señora de Luch.

Ya no le quedó ninguna duda; trabó el timón y se precipitó bajo cubierta para despertar al patrón.

—¡Despierte, patrón, nos van a abordar! He visto un barco a babor que parece que se dirige hacia nosotros.

El patrón saltó de su litera y subió inmediatamente a cubierta, donde reinaba la tranquilidad más absoluta; ningún sonido o visión enturbiaban las cercanías del barco.

—Nico, yo no veo ni oigo nada, seguro que te has dormido y has soñado con el Dau. No tienes que dejar que Joan y Gaspar te engañen y se rían de ti. Anda, comprueba el rumbo y déjame dormir que todavía no ha amanecido.

Completamente avergonzado Nico no quiso rebatir al patrón y siguió en su puesto hasta que amaneció y despertó a la tripulación.

—Qué raro —dijo Joan más tarde—, hemos perdido los aparejos que remolcábamos para pescar, parece como si alguien hubiera cortado las guías.

Nadie hizo el menor comentario, pero Nico no pudo por menos que asociar este suceso con el de la noche anterior.

Pronto avistaron la costa de Mallorca e iniciaron la navegación costera que, evitando los puntos de vigilancia de los carabineros, los llevaría al puerto de Soller sin problemas.

Cuando el sol comenzaba a ponerse arribaron a una cala discreta cerca de su destino. Allí les esperaban tres payeses con un carro para hacerse cargo de la mercancía ilegal.

El que estaba al mando se dirigió al patrón y le preguntó sí habían tenido buena travesía.

—Ningún problema, todo ha ido como la seda. ¿Por qué lo preguntas?

—En el pueblo se cuenta que ayer un submarino alemán hundió un paquebote al suroeste del Cabo de Cala Figuera y quizá habíais visto algo.

El patrón no hizo ningún comentario, pero cruzó una mirada con Nico, que se estremeció. No se lo dijo a nadie, pero Nico estaba seguro de que lo que vio cerca del falucho era la torreta del submarino y que solo la suerte les había librado de ser embestidos y hundidos para que no pudieran informar de ese avistamiento.

Más tarde, ya en el puerto, se enteran de que el paquebote hundido no llevaba suministros para ningún contendiente, sino pasajeros y familias que se dirigían a Barcelona. No se sabe si había sido una confusión o mala suerte, pero el número de desaparecidos superaba las trescientas personas, entre pasajeros y tripulación.

Ese día Nico empezó a odiar la guerra, a los militares y a los submarinos.

Bartolomé Zuzama se define como náufrago digital, republicano tecnológico y, antes que nada, mallorquín mesetario. Se licenció en Ciencias Bélicas y posteriormente en Psicología. En 2016 publica su primer libro, recopilación de relatos más o menos breves, titulado *Uno de cincuenta, propina aparte*.



La máscara

de María Gracia Peralta

Se levanta, toma un café y se pone esos pantalones de mil colores que siempre le han gustado, coge la blusa de leopardo, cree que combina perfectamente, un pañuelo al cuello fucsia y se perfila labios y ojos como puede. Los colores oscuros no son para ella, quizás pensando que el negro o la gama de grises es la que tiñe su corazón y, por extensión, su vida. Por eso es tan importante decorar con colores, aunque solo sea la vestimenta, para disimular.

Era una mañana cualquiera para todos.

Cuando coge el carro de la compra, olvida que deja los platos sin fregar y su dormitorio sin recoger.

Cierra la puerta con llave, avanza hacia el ascensor y, al salir a la calle, pone rumbo al supermercado. Es su misión, el trabajo de un día cualquiera.

Camina, toma aire y sigue con paso firme. Callejea y observa, como un autómatas, el ir y venir de las personas, las prisas en hora punta, las campanas de la iglesia y tantos otros ruidos que le resultan familiares. Pero nada es igual.

Parece que la gente está distraída. Hay bastante circulación.

¡¡ES EL MOMENTO!!

Un ruido ensordecedor. La gente queda paralizada, pero la ayudan, la levantan. De pronto aparece la policía.

—¿Señora, que le ha pasado? ¿Se encuentra bien? ¿Dónde vive usted?

II

Se siente sola, cree que no puede con el peso de una vida marcada por altas dosis de desamor e incomprensión, de ser utilizada y manipulada.

Siempre pensó que unos ojos bonitos y su juventud podrían con cualquier clase de insulto. Y así fue. Un año, dos años, treinta años. Un hogar con heridas que ella disimulaba al salir con su carro de la compra.

Al bajar las escaleras y llegar a la calle, se ponía la máscara de “todo es maravilloso”. Un café con las amigas e ir de “rebajas” la reconfortaban, y coger un autobús para ir al centro de la ciudad le daba cien años de vida.

La noche estaba muy lejos. Había que disfrutar del día.

No imaginaba otra vida. Esa era su vida.

Ir siempre con dinero en el bolso y poder disfrutar de pequeños caprichos, bien merecían eternas noches de insomnio.

III

Los niños crecen. No necesitan ayuda. Ya no les espera para hacerles la cena, no les cuida. Ya no están en casa, volaron de su regazo.

IV

Oye pasos en la planta de arriba. Se cierra la puerta. El agua cae en la ducha.

Las llaves ya no están donde siempre.

Abre un cajón, y otro y otro,... allí están.

Sale con el carro de la compra, la taza sin fregar, el dormitorio sin recoger, la cama revuelta antes de salir a la calle. Y qué más da.

Gira a la izquierda, busca el jaleo de la mañana, las prisas de la gente. Le falta la respiración, el paso de cebra se ve lejano, y se embriaga con la velocidad de un coche...

Otra vez al hospital y después a casa, su vida, su dormitorio, necesita oxígeno.

Al hijo no lo ve con los mismos ojos, no le cuenta los acontecimientos de Telecinco, ni le explica la boda de Ana Boyer, y ya no le importa qué vestidos llevaban las invitadas. Ha pasado a otro plano.

Necesita descansar, dormir, la televisión no le interesa.

V

Ese jueves, de una normalidad aparente, ya nada era normal.

Toda la noche en vela hasta que mira el despertador y parece que marca las siete de la mañana, deja su cama, abre un cajón y se llena la mano de pastillas. Con un gran vaso de agua pasarán mejor.

Abre otro cajón, el de más abajo, ese que tenía por costumbre ni mirar, el pánico al corte de un cuchillo la tenía atemorizada. Eran otros tiempos.

Coge uno de grandes dimensiones, con un filo que podía cortar el aire, hacia arriba, hacia abajo. La sangre va marcando los pasos que ella da de la cocina al dormitorio y de este, al baño.

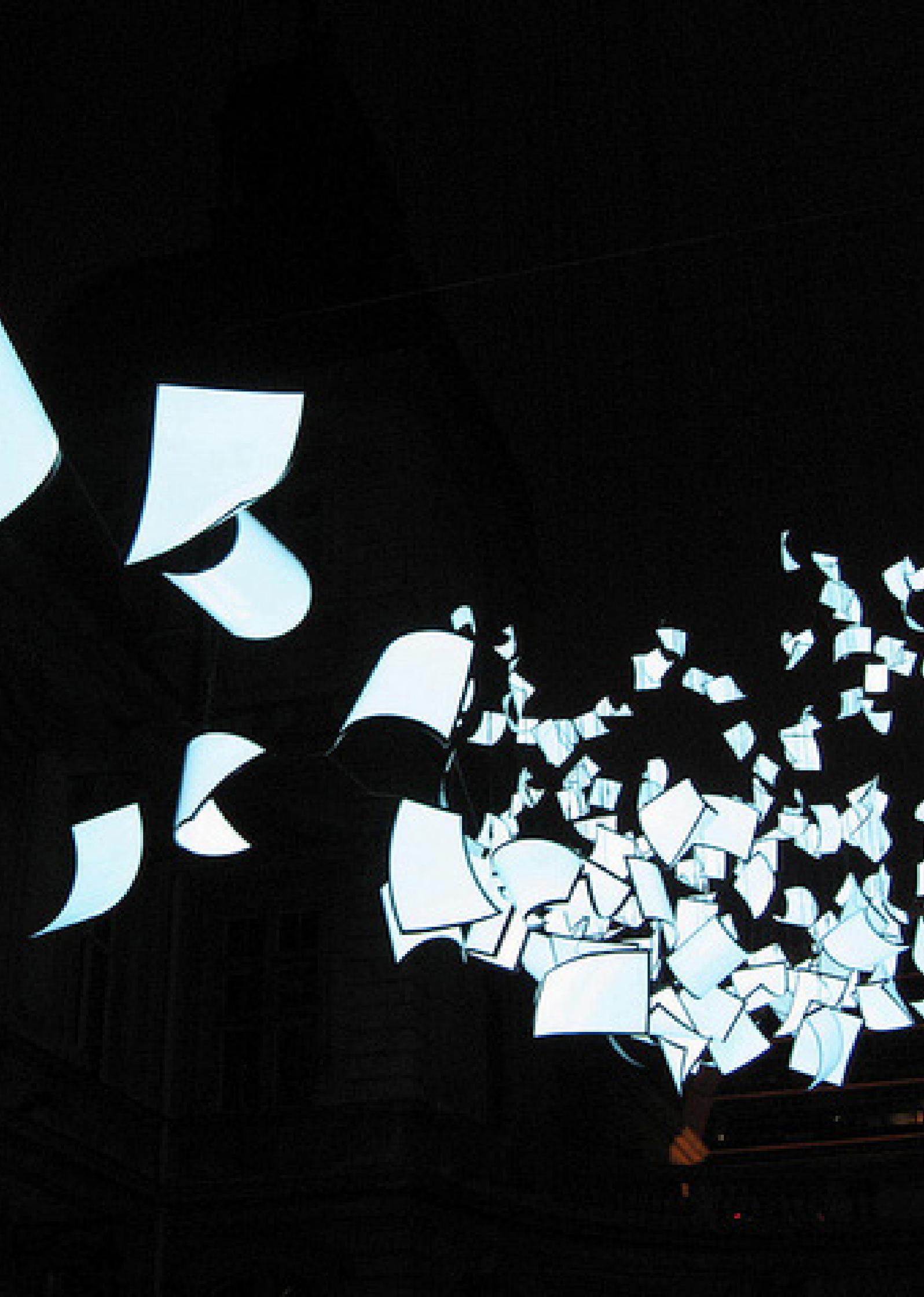
VI

La compañera le susurra al oído que no se le ocurra decir a nadie lo que en esa habitación sucede o por la noche se vengará.

No puede tener su lápiz de labios, ni su teléfono. Nada.

No quiere estar allí, no puede andar, ni comer, ni vivir.

María Gracia Peralta (Toledo). Licenciada en Derecho y Máster en RR.HH. Sus relatos *Vocación precoz* y *El pacto*, fueron seleccionados en el II y III Concurso de microrrelatos sobre abogados, 2010 y 2011. Colabora en diversas revistas literarias como «Cultural Raíces», «A contrapalabra» e «Y Latina». En 2015 se publica su poemario *La simetría del alma* (Editorial Celya). En 2018, sale al mercado su segundo poemario *La miel tras el muro de enfrente* (Editorial Celya).



Hoja de papel en blanco

de Rubén Marzo

De nuevo me enfrento a una hoja de papel en blanco. Quiero escribir, me estrujo el cerebro, pero no brotan las palabras. No se me ocurre nada. Nada que no haya leído o escrito ya. Me ahogo en mis pensamientos y nada. ¿Las musas me han abandonado? Quizás esté estresado o les haya dicho algo que no debía, no lo sé... Pero estoy desconectado de esa luz que me hablaba, que dictaba con alma. ¿Mi inspiración se ha ido de vacaciones, se ha cansado de mí? ... Dudas.

Aparece la impaciencia. Y mi pluma en alto, a punto y sin ideas; parece languidecer de hastío, esperando. «Ya puede esperar, ya», pienso, «hoy no es el día». Y es en ese preciso instante cuando, desde la punta de la pluma ya cansada, una gota de tinta cae sobre el papel immaculado. Una lágrima oscura que, al contacto con la hoja de papel, deja en el aire un eco sordo, como una piedra cuando cae a un pozo de agua muy hondo. Bloof, se oye. Acerco la vista al punto exacto donde cayó la gota y, por extraño que parezca, la mancha comienza a expandirse poco a poco sin detenerse, anegando el papel en un avance inexorable, en todas direcciones. No sé por qué, en ese momento se me asemeja a “La Nada”, el enemigo de la novela de La Historia Interminable de Michael Enbe; aquel que avanzaba destruyendo el mundo de fantasía a su paso. Y

aunque esta tinta densa y oscura no se va a llevar ningún texto nacido de mis delirios, sí que mantiene una voracidad insaciable por transmutar el papel del color blanco al negro. Y en pocos segundos lo consigue. Queda totalmente húmeda por la tinta.

Sin comprender qué demonios ha podido ocurrir, levanto con cuidado la hoja para examinarla más de cerca. Me mancho los dedos. ¿Qué esperaba? «¡Maldita sea!», exclamo. Malhumorado, la arrugo haciendo una pelota y la tiro a la papelera. Sí, estoy alucinado de lo que acaba de pasar, pero mi frustración puede más, no lo puedo evitar. Hace que me sienta un fracasado, me siembra de dudas, miedos escondidos... Pero esta vez, a diferencia de otras veces, me pongo a reflexionar y me digo en voz alta: «estás estresado. Además, esta sensación de miedo ya la has vivido antes, así que cálmate, respira hondo». Aspiro por la nariz lo más hondo posible —casi me ahogo—, por cierto. Intento convencerme de que este demonio de la frustración que me acaba de visitar no es real. Solo está en mi cabeza. Si quiero, puedo ahuyentarlo. Mantengo esta conversación conmigo unos minutos. Concluyo que no pasa nada, que otro día será. Y ya más calmado, cuando me dispongo a retirarme de mi empresa fallida, es cuando sucede. Una extraña sensación comienza a nacer lenta y con fuerza en mi interior. La noto muy dentro. Primero, como un susurro apenas ininteligible; después, como un mensaje bien claro en mi cabeza: «recoge la hoja de papel de la papelera».

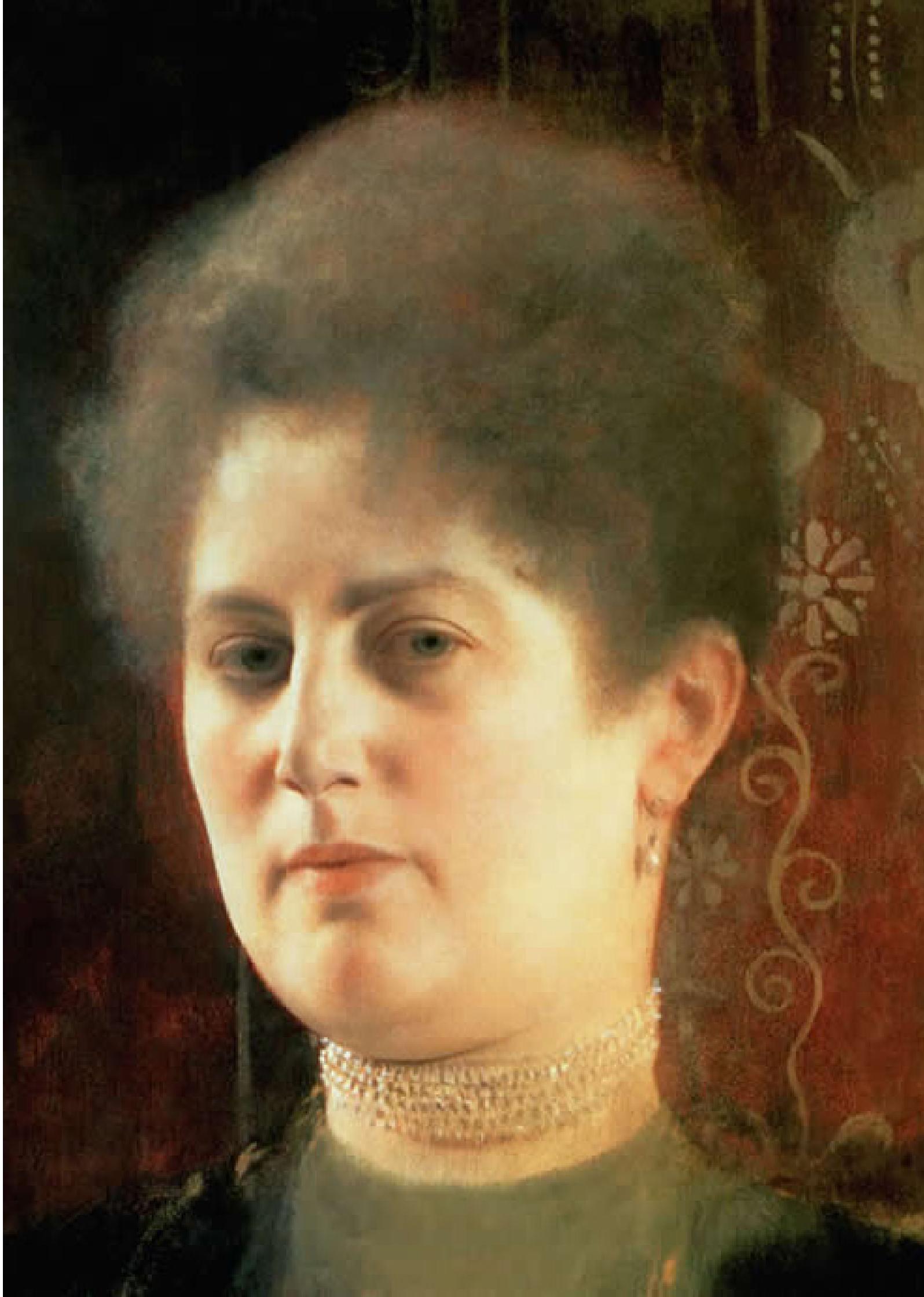
Con esperanza me pregunto en voz alta: «¿es mi inspiración?». E impulsado por esa voz que creo reconocer de otras veces, recojo el papel. «No desistas, cree en ti, ponte a la

tarea», me dice esa voz. Dejo lo más plana posible la hoja — aun con arrugas se queda algo decente—, sigue oscura, pero ya no húmeda por la tinta.

De pronto, y no os lo vais a creer, justo en medio de la hoja negra, algo que me llama la atención. Agudizo la vista. Una especie de efervescencia aparece en un punto. Comienza a expandirse, como un ácido extraño, en todas direcciones. Y va dejando unas burbujitas que comienzan a estallar en letras, signos de exclamación, puntuaciones..., abriéndose paso, convirtiendo la oscuridad del papel en multitud de símbolos salpicados; miles que quedan bullendo frenéticos y diseminados. Mi imaginación, antes dormida, comienza a viajar hacia mundos, paisajes, fábulas, héroes, antihéroes... Un torbellino sin límite que desde la oscuridad pugna por hacerse presente en este mundo de los vivos. Y, como el que junta un rompecabezas de melodías, voces y sensaciones, comienzo a unirlo todo, con mi pluma ahora feliz por crear palabras y frases de ilusión y yo agradecido a esta magia que es la escritura.

Rubén Marzo (Benifaió, Valencia). Graduado Social. Siempre ha sentido una fuerte inclinación por la literatura. Le apasiona aprender, descubrir géneros, jugar con las palabras y crear. Ahora está inmerso en el microrrelato, decir mucho en pocas palabras es su gran reto.

Además de su familia, leer y escribir, es lo que le da vida cada día.



El retrato

de José Vicente Serna

Parecía absurdo, pero no podía evitar sentirme observado por aquella mirada penetrante, por aquellos ojos verdes iridiscentes que me seguían por toda la habitación. Cuando estaba en la cama tenía siempre sus ojos clavados en mí. Cuando me quitaba la ropa para acostarme —siempre había dormido solo con un pantalón corto de pijama—, procuraba darle la espalda para no ver aquellos ojos, que además de mirarme, parecían sonreír socarronamente cuando me veían totalmente desnudo. ¿Se burlaba de mi parte más sensible? ¿Le hacía gracia verme así, expuesto y avergonzado ante su mirada crítica? Sé que es irracional, que todo eso no puede ser real, pero no puedo evitar sentirme observado, calibrado, juzgado y sentenciado por aquellos ojos burlones acompañados por el rictus desdeñoso de sus labios. Seguro que siempre habían estado allí, pero en mi paranoia estaba seguro de que se curvaban cada vez que descubría mi cuerpo desnudo ante su mirada, por eso me quedaba de espaldas, para evitarla.

La pintura era el retrato de una mujer. No sabría decir si guapa o fea, pero siempre había estado en mi habitación. Lo recuerdo desde mi más tierna infancia, desde que empecé a ser consciente de que dormía solo, de que ya no tenía la mano de mi madre al otro lado de la barra de la cuna para protegerme de todos los seres extraños que,

constantemente, me acechaban por las noches mientras intentaba conciliar el sueño. Recuerdo cuando me fijé en él por primera vez, así como de la pregunta que le hice a mi progenitora.

—¿Quién es esa mujer?

—Era mi abuela, y te la he puesto ahí para que te cuide durante la noche, vigile tu sueño y no te sientas solo. Se llamaba Luisa. Era una mujer especial, siempre me trató con mucho cariño. Fue la que cuidó de mí cuando tus abuelos me dejaron sola.

—¿Dónde se fueron que no te llevaron con ellos? —en mi inocencia de entonces no supe captar la tristeza que acompañaba las palabras de mi madre.

—Se fueron al cielo, cariño mío, Dios se los llevó a su lado para tenerlos junto a él toda la eternidad.

—¿Y a ti no te invitó?

—Prefirió dejarme con mi abuela para que ella me cuidara y hacernos compañía, ya que ella también se había quedado sola.

—¿Por qué estaba sola? —volví a preguntar.

—Porque al abuelo también se lo había llevado Dios hacía unos años. De todas formas, basta de preguntas, todo esto lo comprenderás cuando seas mayor.

Cortó tajante la conversación que, seguramente, la hacía sentirse incómoda ante mi insistencia, por saber quién era ese Dios que tan poca consideración tenía que dejaba a la gente sola para que tuviera miedo por no estar protegidos por los seres que le querían a uno.

El caso es que inconscientemente trasladé el miedo que me había inspirado Dios a que me dejara solo y se llevara a mi madre también, al retrato de mi bisabuela; ella era lo más cercano que tenía, pero sin estar allí realmente.

El retrato que en principio observaba por las noches para no sentirme solo, poco a poco me hizo descubrir que no vivía en soledad, pues la mirada de mi bisabuela no se apartaba nunca de mí, estuviera donde estuviese en la habitación, siempre tenía sus ojos fijos en mí persona. Con los años dejé de plantearme las connotaciones de Dios y la imagen del retrato, pero empecé a sentirme incómodo ante la vigilancia a la que era sometido diariamente por aquella mujer que ya no veía como mi guardiana, sino como la vigilante de todos los momentos de mi vida. Me sentía invadido en mi intimidad, vigilado, observado críticamente y valorado. Por eso, al no estar muy orgulloso de mi cuerpo en general y de algunas zonas en particular, me avergonzaba ante su mirada permanente.

Hoy he tomado la determinación de acabar con esta situación de una vez por todas. Tras meditarlo detenidamente, he tomado una decisión irrevocable: he descolgado el retrato de su soporte en la pared y, en el último cajón de la cómoda donde mi madre ha ido guardando la ropa que se me ha ido quedando pequeña, lo he colocado al fondo y mirando hacia abajo. Cuando he cerrado no he podido evitar hacerle una “peineta” con la mano derecha, sintiéndome satisfecho al abandonar la habitación.

Sin saber muy bien por qué, esta noche deseo acostarme temprano. Estoy ansioso por sentirme realmente solo por primera vez en todos estos años, así que entro en mi habitación con decisión, siendo plenamente consciente de lo que representa el momento actual. Procedo a quitarme la ropa. Conforme me desprendo de cada prenda, sonrío con enorme satisfacción mirando hacia el cajón de la cómoda. El punto álgido del momento llega al desprenderme de los calzoncillos cuando, como si ensañara unos pasos de baile, me doy la vuelta por toda la habitación hasta llegar frente al mueble donde me detengo y, sacando la lengua burlescamente, me asalta una carcajada llena de nervios al tiempo que de satisfacción y orgullo al no sentirme ni tan siquiera ridículo al verme totalmente desnudo. Me dirijo a la cama y, tal y como estoy, me introduzco entre las sábanas.

Arropado en ella me siento feliz, dichoso y satisfecho de mí mismo. Noto que me invade una dulzura y somnolencia, como no recordaba haber sentido nunca, al abrir los ojos y mirar hacia la pared y no ver nada, absolutamente nada. Noto que sonrío y me quedo dormido con esa felicidad que me llena por completo. Me ayuda la oscuridad que me rodea plagada de imágenes agradables, donde predomina el rostro dulce de mi madre que me espera con su mano extendida para sujetar la mía ansiosa de alcanzarla.

José Vicente Serna (Albatera, Alicante). Apasionado de la palabra desde siempre. Ha publicado diversos artículos, relatos breves, cuentos, novelas cortas, y poemas, además de un Sketch Teatral, en diferentes medios, como las revistas *Semana Santa* y *Moros y Cristianos*, de Albatera.

En relato ha obtenido menciones honoríficas, accésit y premios. En 2013 publica *Los cuentos de mi vida*.

Curso de novela romántica

A diferencia de otros cursos que ofrecemos, este es un monográfico. Es decir, aunque sí daremos un repaso a los puntos más importantes en la estructura de una narración, nos sumergiremos desde el inicio en el género romántico como tal: sus orígenes, tópicos, subgéneros, éxitos y su posible futuro.

Por qué quieres escribir novela romántica, ¿por curiosidad? ¿Por qué te gusta? ¿Por qué sientes verdadera pasión por el género?, o simplemente por las ventas (es el segundo género que más vende, después de la narrativa).

No importa el motivo original por el que te acerques, lo importante es que en este curso vas a descubrir la novela romántica y todos sus subgéneros. Conocerás las obras clásicas y las más recientes. Descubrirás los arquetipos, cómo respetarlos cuando corresponde y cómo esquivarlos cuando te incomoden, y hasta cómo reinventarlos. Trataremos la creación de personajes, la documentación, la descripción de escenarios, y algo fundamental en la literatura romántica, la transmisión de emociones, de sentimientos.

Con ese amor, y un profundo respeto, podrás crear el próximo Best-seller literario.

El objetivo es cruzar la línea de meta enamorando a tus lectores/as.

Artículos

Feria Internacional del Libro Frankfurt 2018

La cálida magia de las palabras

por Cristina P. García

Como viene siendo habitual desde 1949, la ciudad alemana de Frankfurt se convirtió durante cinco días en la capital mundial del libro y la edición. Y es que hablar de la Feria del Libro de Frankfurt —o como diría su vecino más ilustre, Johann Wolfgang von Goethe, la *Frankfurter Buchmesse*— es hablar del evento literario por excelencia en lo que a ferias de este tipo se refiere. Un ajetreo ordenado de consagradas y humildes editoriales, de escritores *best sellers* pasando desapercibidos entre noveles y de lectores de todas las edades ansiosos por no dejar atrás un solo *stand* se dieron cita como cada año a orillas del Main con objetivos bien distintos pero con algo en común: su pasión por los libros.

Así, durante el fin de semana del 13 y 14 de octubre (únicos dos días en que la Feria estuvo abierta al público general), el recinto se convirtió en el destino de amantes de los libros llegados desde todos los rincones del planeta. De hecho, la organización estima que unos 285 000 visitantes de 150 países pasaron por las instalaciones desde el miér-

coles hasta el domingo, cifra que disminuyó ligeramente con respecto a la edición anterior. Esto pudo deberse, quizás, al cartel de escritores invitados, mucho menos llamativo que el del pasado año; pero hay que reconocer que era difícil competir con superventas de la talla de Dan Brown, Ken Follet, Margaret Atwood o Nicholas Sparks. En esta ocasión, autores de renombre internacional como Paul Beatty, Dmitry Glukhovsky, Maja Lunde, David Sedaris, Meg Wolitzer o Chimamanda Ngozi Adichie, encargada del discurso inaugural, fueron quienes deleitaron a los asistentes con su delicada pluma.

El grueso de los 7503 expositores de esta 70ª edición de la Feria del Libro de Frankfurt —en la que Georgia fue la protagonista— se concentraba, sin duda, en los pabellones 5 y 6. Y es que allí se congregaban la mayor parte de las casas editoriales extranjeras de los 109 países que participaron este año. Entre ellos, por supuesto, se encontraba España, invitada de honor en 2021.



Stand de la Federación de Gremios de Editores de España.

Un total de 136 editoriales patrias (más 28 agencias literarias) acudieron a Frankfurt para presentar sus catálogos y hacer negocios varios en lo que a compra-venta de derechos se refiere. Sin duda, no hay mejor escaparate que este, ya que la *Frankfurter Buchmesse* está considerada como el evento más importante en lo que a comercio de licencias literarias se refiere.

Un paseo entre las letras.

La frialdad transmitida por los números tiene su contrapunto en la cálida magia de las palabras, verdaderas protagonistas de este artículo.

Y es que traspasar la puerta de la Feria del Libro de Frankfurt significa adentrarse en una de esas historias que dejan huella. Una historia de ficción, pero de no ficción, que debe saborearse con tranquilidad y que, una vez terminada, no se puede olvidar.

Sus capítulos, escritos en diferentes idiomas, confluyen en uno solo: el universal de las letras y de la cultura. Una lengua internacional donde las rencillas políticas y religiosas no tienen cabida, donde la sonrisa y los sentimientos de confraternidad son las únicas fronteras. Sí. Esta es la auténtica y bonita magia de las palabras.

Cerrar los ojos y disfrutar del placentero tacto de un libro. De otro. Y de otro y de otro. Descubrir entre sus líneas



Interior del nuevo Frankfurt Pavilion.

reflexiones mudas que adquieren voz a través de los debates, charlas y conferencias. Conversar con sus personajes, para luego, en las firmas, hacerlo con quien se esconde tras ellos.

Contagiarse del entusiasmo de los pequeños —y no tan pequeños— editores cuando hablan de sus obras. La misma ilusión que transmiten los premiados que suben a recoger los diferentes galardones que se entregan coincidiendo con el evento.

Sentir toda esta magia en el ambiente. Un ambiente vivo, pintado con los colores de los cinco continentes y con los de los extravagantes *cosplayers*. Sin olvidarse de la pincelada más importante, dada por las fascinantes cubiertas de los millones de libros allí presentes.

Y es que el diseño editorial es un arte. Como también lo son las futuristas actividades digitales propuestas en la sección The Arts+, dedicada en exclusiva a la industria creativa de ámbito tecnológico.

Porque el gran Arte —con mayúscula— de la literatura también se adapta a los nuevos tiempos, conviviendo en armonía las páginas impresas en *offset* con las virtuales de tinta electrónica, quizá porque ambas comparten un amor irrefrenable hacia las letras. Unas letras que enamoran al juntarlas y al leerlas. Pero también al escribirlas, al editarlas y al publicarlas. Una pasión que aquí late con fuerza, siendo delito no caer rendido al complejo proceso de creación de un libro, desde la idea que ronda por la cabeza del escritor hasta que llega a las ansiosas manos del lector.



Stand de Georgia, país invitado de honor en esta edición.

Manuscritos que pueden cobrar vida sin recurrir a la vía tradicional (aunque siga siendo la preferida) con tan solo empaparse del espíritu emprendedor que se respira en la zona de autopublicación. Eso sí, con calidad. Como la que caracteriza a todo buen libro. Lo mismo que la tristeza que supone el cerrarlo y el decirle adiós. Pero en el caso de la Feria de Frankfurt, a sabiendas de que se trata de una saga. Porque esta leyenda poética, que se devora en tan solo unas horas, tendrá su continuación el año que viene.

Cristina P. García. Licenciada en Historia del Arte. Con su alter ego de la ficción, Christina Birs (<https://christinabirs.com/>) comparte una gran pasión por las letras. Colabora en algunos blogs y revistas literarias.

Pero sentía que me faltaba algo, por eso decidí lanzarme de cabeza a una piscina rebosante de letras, de la que salió mi primera novela *Contando estrellas*.

Infantil



De cómo se conocieron Nino y Pecas

Autora: Gabriela Quintana Ayala

Ilustración: Yearim Caneda

En el zoológico de una gran ciudad vivía un monito en compañía de unos chimpancés. Pequeño y juguetón, Pecas, solía gastarles bromas a sus amigos, y ellos a su vez, cansados de las burlas, le ignoraban. Cuando nadie le hacía caso se acercaba a la reja que delimitaba su espacio con las suricatas y así se ponía a conversar con ellas, con los pájaros que llegaban a beber agua, y algunos roedores. Entre chanzas y juegos mataba el tiempo hasta que un día llegó al estanque un compañero nuevo, un cocodrilo muy sabihondo: el señor Nino.

Nino era un reptil viejo y gordo, que había recorrido zoológicos de muchos países. Sin embargo, no era un cocodrilo cualquiera, tenía una característica especial: ¡su piel cambiaba de color! Debido a esto, desde pequeño había convivido con muchos médicos y científicos, lo que le volvió sabio he instruido. Pero... ¿por qué cambiaba de color su piel? ¿Tenía poderes?

Es que Nino cambiaba de color según su estado de ánimo. Cuando estaba contento su piel se tornaba rosada; cuando estaba enfadado cambiaba a púrpura; cuando estaba triste

se ponía azulado y cuando reía, lo que ocurría en muy pocas ocasiones, se volvía amarillo y brillaba como el sol.

El día que llegó Nino todos estaban sorprendidos al descubrir un cocodrilo azul (no sabían que era especial). Mientras se instalaba en su nuevo hogar, Pecas observó como el señor cocodrilo sacaba de su maleta libros, unas gafas y algunas cosas más; adecuaba su espacio, y se dejaba caer en un sillón. De repente, abrió un libro, quitó el marcapáginas y al cabo de unos minutos de lectura, se quedó dormido.

Al escuchar como roncaba Nino, Pecas se aproximó a la reja, la escaló y se coló en el recinto donde dormitaba el nuevo compañero. Caminó levantando la cola para evitar hacer ruido, y fue hacia el estante donde había colocado los libros. Pecas vio uno grande y muy llamativo, pero estaban tan apretados unos con otros que al intentar cogerlo, se vinieron con él todos los demás y cayeron al suelo. El ruido despertó a Nino con un bostezo y abriendo un ojo y luego el otro, alcanzó a ver que alguien estaba jugando con su biblioteca. Tomó sus gafas y vio a un monito recogiendo sus libros y colocándolos de nuevo en el estante.

—¿Quién eres y por qué estás jugando con mis libros? — preguntó Nino.

—Perdone señor cocodrilo, me llamo Pecas y he visto que tiene muchas cosas interesantes por aquí, pero tengo curiosidad en los libros, aún soy pequeño y no sé leer.

—¡Ah! Conque quieres aprender a leer.

—¿Podría enseñarme?

Esa tarde Xavier había desembarcado en una isla de arenas blancas y aguas de un fondo azul y cristalino. ¿Se pueden imaginar dónde?

Si, era el Caribe, una isla que no aparece en el mapa. Así de pequeña era, que tan solo tenía veinte palmeras y muchos cocos, cubierto por densos matorrales. Desde su gran navío y con ayuda de su catalejo*, Xavier podía ver la luz de una fogata que apenas se observaba escondida entre la vegetación.



—Si claro. Dame ese libro que tienes en la mano, empezaré por contarte como nacieron los libros.

Desde tiempos muy remotos, los humanos han intentado comunicarse, ya sea con señas o dibujos. Más tarde los dibujos se acompañaron de símbolos y estos se volvieron códigos que culminaron en escritos. El hombre comenzó a escribir en papiros y tuvieron que pasar muchos miles de años para que aquellos papiros se convirtieran en un libro.

El primer libro como lo conocemos en la época moderna, fue impreso en el año 1449 por Johannes Gutenberg en Maguncia, Alemania. Y desde entonces todos podemos disfrutar de historias maravillosas y fantásticas impresas con dibujos y fotografías. Con la lectura descubrimos aventuras, costum-

bres, ideas y conocimientos de países lejanos y de historias que sucedieron en otra época. Podemos viajar desde que aquí, desde mi sillón y conocer diversas culturas, construcciones y todo tipo de animales y naturaleza.

—¿Qué te parece Pecas?

—Es increíble. ¡Me encantan los libros!

—Ahora, Pecas, ¿te gustan las historias de piratas?

—Sí, cuénteme señor Nino.

—Pues dice así...

Al acercarse a la costa tiró el ancla, soltaron cabos y en un bote remó hasta la playa acompañado de dos piratas, sus secuaces compañeros. Cuando por fin su barca tocó tierra, ésta chocó contra una palmera, agitándola tan duro, que un coco cayó en la cabeza de Xavier y lo dejó inconsciente. Sí, un “cocazo” le dio. John, el pirata que lo acompañaba junto con otro, acudió a levantarlo, y lo reanimó de aquel golpe.

—¿Estas bien Xavier?

Apenas se conocían, sin embargo, el niño ya era su pequeño amo. Este hombre bajito y regordete pero muy valiente individuo, John, había servido desde hacía algunas décadas al padre de Xavier. Aun siendo un muchacho novato y torpe, se convirtió en el principal asistente del gran Pirata Mala Pata y compartieron un sin fin de batallas interminables y sangrientas. Juntos ganaron muchos botines y la fama del capitán se había extendido tan lejos, que para entonces se escuchaban leyendas más allá de los siete mares*. Contaban de

las grandes hazañas, de las decenas de barcos que combatió, de cómo fue acumulando las mayores riquezas jamás vistas y algunos, incluso, hablaban del gran amor que profesó a una mujer con la que tuvo a su hijo. Antes de morir el gran Pirata Mala Pata, le había encomendado a su compinche John, buscar a su hijo y entregarle el fastuoso galeón con un mapa que tendría que descifrar para encontrar el tesoro, el más codiciado de la época. Todo lo que había robado Mala Pata durante su vida, estaba muy bien escondido. De manera que un buen día, John emprendió la búsqueda del sucesor, sin más pistas que el lugar donde había sido robado de brazos de su madre, el pequeño Xavier cuando apenas contaba con tres años de edad.

Al incorporarse del golpe recibido en la cabeza, ya había caído la noche sobre la isla y encendieron algunas antorchas para internarse en la tupida selva. Caminando entre la maleza llegaron al sitio donde había estado ardiendo una fogata, ahora solo expedía humo por todo el lugar. Recorrieron sigilosamente el terreno y encontraron restos humanos desperdigados, huesos y calaveras. Aquellos restos indicaban que habían estado ahí reunidos, momentos antes, un grupo aborigen de caníbales. Sin embargo, Xavier no retrocedió ni se asustó, permaneció valiente, atento a los descubrimientos. El niño y los dos piratas volvieron a encender el fuego y estuvieron de acuerdo en pasar la noche ahí, haciendo guardia por turnos para evitar ser sorprendidos.

A la mañana siguiente, aquellas piltrafas humanas habían desaparecido, al igual que los huesos. Alguien había estado ahí

con ellos mientras dormían. Atemorizados, Xavier y sus compañeros borraron sus rastros antes de marchar, dispersaron los residuos de la fogata y recorrieron toda la isla en busca de pistas que los llevara a encontrar a Rosalinda, la madre de Xavier. Ahora que el niño estaba al mando del gran barco pirata La Fortuna heredado de su padre, debía tomar las decisiones más acertadas para encontrarse de nuevo con su madre, a quien creyó muerta durante su infancia. Después de examinar la isla de norte a sur, procedieron a marcar sus coordenadas en el mapa, y aquel pedazo de tierra lo llamaron Isla del Coco.

Continuaron caminando por el atolón y entre la maleza encontraron tirada una espada. La examinaron con cuidado y descubrieron unas letras grabadas. Esos símbolos parecían ser las iniciales de un lugar, quizá de un pueblo o una nación. Xavier la tomó y regresaron al barco para examinarla. Ya en el camarote de Xavier colocaron la espada sobre la mesa y con una lupa analizaron las letras. Abrieron el mapa que guio por mucho tiempo a su padre y buscaron la conexión entre las iniciales del arma y las coordenadas del último lugar donde Mala Pata tuvo una batalla en la que ganó un cofre lleno de piedras preciosas y un mosquete de oro. Ese mosquete, cubierto de rubíes y zafiros gozaba de gran fama, había sido forjado para el Rey de Inglaterra y al obtenerlo el pirata lo había escondido en algún lugar.

Se embarcaron entonces hacia el norte, rodeando el triángulo de las Bermudas donde frecuentemente había huracanes y emboscadas.

—Ahora, Pecas, es todo por hoy. Estoy cansado. Mañana continuamos con el segundo capítulo.

—Gracias señor cocodrilo, nos vemos mañana.

Gabriela Quintana (Tabasco, México). Titulada en Comercio Exterior y Máster en PNL. Publicó sus primeros cuentos en una revista a la temprana edad de nueve años.

En 2012 publica *Baúl de cuentos*. Después llegarían *Baúl de cuentos II* (2016) y *Me llamo Ángela y tengo un cromosoma más* (2017, El desván de la memoria).

En 2018 ve la luz su primera novela, *Los cocodrilos de París*.

